

tropa de Méndez; Díaz, inclinada la cabeza como la llevó toda su vida, no perdió su calma habitual; Villagómez con la gallardía de su elegante apostura, y González humilde como siempre.

“Al llegar á aquel sitio, que desde aquí podemos mirar,<sup>1</sup> los héroes ocuparon su último puesto. Ninguno estaba vendado ni palidecía su rostro, que iluminaba la luz del martirio, esa brillante claridad de la gloria.

“Salazar extendió el brazo derecho. Iba á hablar, pero el oficial encargado de la ejecución mandó dar los toques de ordenanza á todas las bandas..... los soldados tendieron sus fusiles y apuntaron..... Salazar, con voz de trueno y llevando la mano al corazón, apenas tuvo tiempo de exclamar: “¡Aquí, traidores!”

“Una descarga anunció á Uruapan, y el eco á la nación entera, que el crimen estaba consumado.

“La columna, al pasar por el sitio del asesinato, tuvo la inaudita crueldad de hacer desfilar á los prisioneros ante los cadáveres ensangrentados y todavía palpitantes de sus jefes.

“Méndez emprendió en seguida el camino de Morelia; allí recibió el despacho de general efectivo de brigada en premio de los servicios que acababa de prestar al imperio.<sup>2</sup> Así fué

<sup>1</sup> En la espalda del portal “Allende.”

<sup>2</sup> Hé aquí la carta que con este motivo dirigió Maximiliano al general Ramón Méndez:

“Al señor general Ramón Méndez.—Mi querido general: Acabamos de saber la brillante victoria que habeis alcanzado sobre los enemigos declarados del orden y de la civilización. El corazón nos late de placer al ver á las tropas de nuestra patria portarse con tanto heroísmo y llevar á cabo hechos tan gloriosos. Marchamos, pues, adelante llenos de fe, puesto que nuestra bandera está en manos de jefes bravos y hábiles y sostenida por soldados decididos á vencer é infatigables.

“Os habeis mostrado digno de la confianza que en vos depositamos, y en prueba de nuestra satisfacción por vuestros buenos servicios, os nombramos general de brigada.

“Asegurad á vuestras sufridas y beneméritas tropas que sabremos recompensarlas como merezcan. No omitáis enviarnos cuanto antes una relación de los oficiales y soldados que sean más acreedores á distinciones honoríficas, y anunciad al teniente Rangel y al subteniente Navia que, garantes de nuestro compromiso, los hemos agraciado con la cruz de caballeros de la imperial orden de Guadalupe, ascendiendoles además al grado superior é inmediato.

“Palacio de México, Octubre 24 de 1865.—Vuestro afectísimo, *Maximiliano.*”

como Maximiliano se hizo cómplice de los asesinatos de Uruapan.”

Después de lo que acabo de copiar, creo que mis lectores verán con interés los siguientes bosquejos biográficos de los mártires de Uruapan:

El general JOSÉ MARÍA ARTEAGA nació en la ciudad de México el 7 de Agosto de 1827. En 1848, por disgustos de familia, abandonó la ciudad de Aguascalientes, á donde había trasladado su residencia, y fué á sentar plaza de soldado en la de San Luis Potosí; en 1852 obtenía las divisas de sargento; la charretera de subteniente á principios de 1853, y á fines del mismo año el grado de capitán: tal había sido su decisión de distinguirse en el servicio.

Tocóle en suerte militar á las órdenes de Zuloaga, en la expedición que este jefe santanista hizo sobre la costa del Sur en 1854. Después de la capitulación de Nuzco, Arteaga, sin compromisos ya con el ejército á que había pertenecido, se unió á las tropas federales, en donde fué ascendido á comandante de batallón.

Cuando Comonfort pasó por Uruapan en Junio de 1855, mandando una división que iba á operar en Jalisco, Arteaga desempeñaba en ella el puesto de mayor de órdenes. La campaña de Jalisco y Colima le proporcionó la ocasión de acreditar su valor y pericia, que Comonfort premió ascendiendo á coronel.

Al triunfo de la revolución de Ayutla, Arteaga fué nombrado Gobernador y Comandante general del Estado de Querétaro. En la guerra de Reforma, en la que ya figuraba como general da brigada, peleó infatigable contra la reacción. Entonces le vimos en Morelia, secundando con eficacia é inteligencia la admirable actividad con que el Gobernador de Michoacán, general Epitacio Huerta, creaba numerosas fuerzas de las tres armas, fabricaba parque en abundancia, y construía cañones, vestuario y equipo para enviar poderosos contingentes á que tomasen participación en aquella gigantesca lucha. Arteaga recibió el mando de la mejor brigada del ejército michoacano, y tan dignamente supo corresponder á esta



muestra de confianza, que por decreto de 23 de Septiembre de 1859 se le concedió la ciudadanía del Estado. Concluida la guerra de Reforma, Arteaga ocupó de nuevo el puesto de Gobernador de Querétaro, puesto que dejó, llamado por el Sr. Juárez, para que tomase participación en la lucha contra la intervención francesa. Asistió á los hechos de armas de Barranca Seca y Acultzingo, y en este último punto recibió en una pierna las heridas de que jamás pudo sanar enteramente. Por este motivo y con el fin de atender á su salud se retiró á Morelia; pero á poco tiempo volvió al servicio. En 1864 fué nombrado Gobernador de Jalisco, y cuando Uruga dió orden de que se evacuara la ciudad de Guadalajara, Arteaga mandó una de las divisiones del Ejército del Centro: allí lo hemos encontrado al principio de esta historia; allí, por la traición de Uruga, fué nombrado General en Jefe del Ejército del Centro, y allí recibió la banda de general de División, con que el Presidente Juárez hizo justicia á sus méritos. Los demás pasos de su vida, lo mismo que algunos rasgos generales de su carácter, constan narrados en este libro.

El general CARLOS SALAZAR nació en Matamoros (Estado de Tamaulipas) el año de 1829. Era alumno del Colegio Militar cuando en 1847 obtuvo permiso de batirse contra los norte-americanos, á cuyo efecto ingresó al batallón que mandaba D. Leonardo Márquez: salió herido en una de las batallas y obtuvo por su valor una medalla honorífica y la charretera sobre el hombro izquierdo.

En la revolución de Ayutla y en la guerra de Reforma sirvió al lado de los caudillos de la libertad. En 1860 tenía ya el empleo de teniente coronel, que desempeñó primero en el batallón Moctezuma y luego en el de Rifleros de San Luis. Fué de los primeros que marcharon al Estado de Veracruz, al desembarco de los franceses: en la batalla del 5 de Mayo se distinguió y obtuvo en consecuencia el ascenso á coronel. Perteneció á la falange de valientes que se inmortalizaron en el sitio de Puebla, y pudo evadirse en el momento de la rendición, entrando á una casa particular: en ésta corrió inmen-

so peligro, pues el jefe de la familia que allí habitaba, y que pertenecía en cuerpo y alma á los traidores, trató de denunciarlo, primero procurando salir por el zaguán y luego intentando gritar por un balcón; pero Salazar que era un hércules, lo agarrotó y amordazó, y dejándolo así imposibilitado; esperó á que se hiciera noche, y entonces emprendió la fuga hasta México. Muchas veces le oí referir este episodio, cuyo recuerdo siempre le hacía soltar la carcajada. Cuando Juárez salió de México, Salazar iba en la fuerza que lo escoltaba, y ya en San Luis Potosí, el Presidente le dió el grado de general. Después pasó á Michoacán con las tropas de Uruga, y lo vimos aparecer en Morelia como un héroe en la memorable jornada del 18 de Diciembre de 1863. Desde entonces no lo abandonamos ya en la relación de su brillante carrera.

El coronel D. JESÚS DÍAZ nació en Paracho (Distrito de Uruapan, Estado de Michoacán) el 12 de Febrero de 1822, siendo sus padres D. José María Díaz y Doña Agustina Ruiz.<sup>1</sup> Su vida se deslizó en las labores del campo y de la ganadería, y su natural pacífico y bondadoso nunca pudo augurar que llegaría á ser un guerrillero. Pero la revolución de Ayutla tuvo de suyo que se formó del elemento popular, siendo sus directores hombres de la clase media que abandonaron sus trabajos y su vida pacífica para combatir contra el tirano. En Julio de 1854 la población de Paracho secundó el pronunciamiento de Huerta y de Pueblita contra el Gobierno de Don Antonio López de Santa-Anna: más de doscientos ciudadanos armados se presentaron en la casa de Díaz y lo proclamaron su coronel. Con este carácter hizo toda la campaña hasta el triunfo de la revolución en que volvió á la vida privada. En los tres años que duró la guerra de Reforma tornó á prestar sus servicios á la causa liberal, y concluida la campaña regresó á su hogar y á sus campos. De allí lo sacó, de nuevo, la guerra extranjera, y poniéndose otra vez á la cabeza de sus guerrilleros, siguió prestando sus servicios á la patria. Después de la toma de Uruapan (Junio del mismo año de 1865), fué nombrado prefecto de aquel Departamento y

<sup>1</sup> Doña Agustina era hermana de mi abuelo D. Antonio Ruiz.



comandante militar de la línea que se extendía desde Zamora hasta Apatzingán. Los lectores conocen ya los últimos acontecimientos de su vida.

El coronel TRINIDAD VILLAGÓMEZ nació en el Valle de Santiago (Estado de Guanajuato) el 11 de Mayo de 1837, siendo sus padres D. Miguel Villagómez y Doña Josefa Patiño. Por el año de 1858 ingresó al colegio de San Nicolás de Morelia, en donde, como ha sucedido siempre á los alumnos de aquel instituto, se despertaron con entusiasmo en su alma las ideas de libertad, y á ejemplo de muchos de sus compañeros de colegio, corrió á tomar las armas contra los reaccionarios, sentando plaza en fines de 1859, en lo más recio de la guerra de Reforma. Después del triunfo de Calpulalpan en el que figuró ya con el grado de capitán, regresó á la vida privada; pero al desembarcar los franceses en Veracruz, se apresuró á volver al servicio, alistándose en las fuerzas del Estado á que pertenecía. En el ataque á Morelia obtuvo, como premio de su valor, el empleo de comandante de escuadrón; siguió en el Ejército del Centro en la División que mandaba el general Echeagaray, y cuando este jefe capituló, después de su derrota de Zapotlán, Villagómez, atravesando solo, sin recursos, parte de los Estados de Colima y de Jalisco, expuesto á innumerables peligros, entró en Michoacán en Febrero de 1865 y fué á ponerse á las órdenes del general Arteaga, llevando el grado de teniente coronel. En el ataque y toma de Uruapan obtuvo el empleo de coronel. Villagómez cuidaba mucho de su tropa, al grado de que no había en el Ejército del Centro un cuerpo de caballería mejor organizado, mejor vestido, más moralizado y con más buena remonta que el que tenía por jefe al coronel Villagómez. Él daba ejemplo á sus soldados de un notable aseo en su persona y de modales finos y atentos: en el combate ocupaba siempre el puesto de mayor peligro.

El comandante JUAN GONZÁLEZ fué para todos nosotros una personalidad desconocida. Llegó en principios de 1864 á Michoacán con la guerrilla del coronel D. Francisco Her-

nández (a) Cantaritos. A la muerte de este jefe se unió á la partida de exploradores que mandaba Agustín García en la brigada del general Salazar, con la que hizo la expedición á Jalisco. En la batalla de Los Reyes estuvo entre los que se batieron primero con los franceses, al llegar éstos á la orilla de la población, y luego en el terrible alcance que se dió á los zuavos derrotados. Más tarde militó á las órdenes del coronel Ronda, y en seguida como pagador de un cuerpo de caballería de los que formaban la tropa del general Arteaga que fué sorprendida en Santa Ana Amatlán. A fuerza de indagaciones he venido á averiguar que era nativo de Texcoco y que fué fraile mercedario del convento de México, del que se separó en la época de la Reforma, yendo á pelear al lado de los liberales en una guerrilla de Guanajuato. Esto, que una señora de Uruapan calificaba de apostasía, fué lo que decidió á Méndez á fusilarlo en lugar de Villada, pues por lo demás, González no figuraba en el ejército, ni entre los oficiales de segundo término; casi puedo asegurar que no era conocido personalmente de los generales Arteaga y Riya Palacio.

González fué fusilado por el crimen de haber sido patriota, siendo sacerdote. ¡El clericalismo es implacable con sus apóstatas!

Creo que no estará del todo fuera de propósito, para cerrar este capítulo, relatar la muerte de Méndez, acaecida un año y siete meses después de los fusilamientos de Uruapan.

Querétaro había caído en poder de los republicanos por la traición de Maximiliano y de su cómplice Miguel López. Ya se sabe que el partido clerical atribuye exclusivamente á este último el hecho que ha sido reprobado por todos, y que los imperialistas debían aceptar como consecuencia de sus propias intrigas. La traición de Querétaro fué espontánea por parte de quien ó quienes la llevaron á cabo; no fué como la de Uraga, Caamaño y Elizondo, solicitada por un enemigo impotente de vencer de otra manera. Y todavía los clericales como que hacen un cargo al general Escobedo de haber tomado por ese medio la plaza de Querétaro. Pues ¿qué que-



rían que hubiera rehusado el ofrecimiento que le transmitía López y arrasado á Querétaro y sacrificado millares de vidas en más combates ó merced á los rigores del hambre en el asedio que se estrechaba más y más cada día? El general Escobedo ¿no es el vencedor de Querétaro, porque su victoria se anticipó unos cuantos días?

Mas dejemos á un lado estos recuerdos para vergüenza del partido que vendió á su patria, y volvamos al relato de la muerte de Méndez.

La plaza de Querétaro fué tomada el 15 de Mayo de 1867.

En la mañana del día 18 un hombre, vecino de la ciudad, habló reservadamente con uno de los jefes del ejército republicano, y poco después se supo que D. Ramón Méndez había sido descubierto en un escondite y conducido al convento de Teresas, donde se hallaban los demás prisioneros. Todo esto se ha dicho por los historiadores; pero va á relatarse aquí algo que no ha sido publicado aún.

En una de las veces que los sitiados volvían á Querétaro derrotados después de sus estériles salidas, Méndez se dirigía á su alojamiento, cuando de repente le estorbó el paso un pobre jorobado que acaso por su defecto físico no pudo oportunamente hacerse á un lado y dejar expedito el camino que llevaba el general. Éste, que iba profundamente despechado por lo que él llamaba estúpidas intenciones de Miramón, se encendió en cólera, llenó de improperios al infeliz paisano y lo azotó con crueldad. En seguida continuó tranquilo su marcha.

El jorobado preguntó á algunos soldados quién era aquel jefe, y cuando le dijeron que Méndez, se contentó con exclamar: "¡Ah; vaya!"

Pues bien, desde aquel día el hombre no perdió de vista á Méndez. Sin embargo, se le desvaneció como sombra en los momentos de la toma de la ciudad; pero con la seguridad de que no había de haberse ocultado lejos, escudriñó varias casas, tomó toda clase de informes, avivó su espíritu suspicaz, y cuando tuvo seguridad de hallar lo que buscaba, se dirigió, como he dicho, á un jefe republicano, á quien condujo á una casa. Se practicó en ella un largo cateo, y ya se des-

peraba del éxito, cuando el mismo jorobado vió en un corral de la casa, una estaca de madera, hincada en el suelo; pidió que se cavara allí la tierra, y hecho, se encontró una oquedad cubierta de vigas. Allí estaba Méndez, con un rifle en la mano, arma que no empleó, considerando inútil hacer resistencia á la numerosa tropa que lo había descubierto.

Al día siguiente fué conducido á la alameda. No quiso que le vendasen los ojos, y recibió la muerte con el valor de que siempre había dado pruebas.